

EL DEFENSOR DEL OBRERO

LOS PROBLEMAS SOCIALES

Los obreros cristianos

La representación de varias organizaciones obreras cristianas y católicas presentó a la Conferencia Internacional del Trabajo de Washington un importante documento, del que tomamos algunos párrafos, porque los consideramos de interés para nuestros lectores:

«Durante las sesiones de la Conferencia Internacional de Washington, sólo una clase de Sindicatos obreros ha sido tenida en cuenta: aquéllos que están adheridos a la Internacional sindical.

Sin embargo, creemos que es nuestro deber declarar que debe quedar claramente establecido que la Federación Internacional sindical no es la única Federación obrera que existe. Delegados y consejeros técnicos de esta Conferencia no deben volver a sus respectivos países con la idea de que la organización del trabajo en el mundo se ha pronunciado por la lucha de clases. Deben saber que una parte importante, y cada vez mayor, de los trabajadores organizados se encuentra unida bajo la bandera de los Sindicatos cristianos terminantemente opuestos a los propósitos revolucionarios de la Federación Internacional.

Los Sindicatos católicos y cristianos se dan perfecta cuenta de que a menudo son contradictorios los intereses de patronos y obreros y se hallan preparados a defender los derechos de los obreros en la vía legal contra aquellos patronos que no se muestran inclinados a reconocer el derecho de sus obreros a una mejor condición de vida. Saben que es su deber trabajar constante y enérgicamente con el fin de elevar a las clases obreras a un nivel de vida superior y a una mayor felicidad; pero nunca se apartarán de los altos ideales de la Religión y de la Moral.

Los Sindicatos católicos y cristianos están completamente de acuerdo con las palabras pronunciadas por el honorable ministro del Trabajo de los Estados Uni-

dos en su discurso de salutación a los miembros de esta Conferencia Internacional del Trabajo:

«Si vale la pena de hacer los mayores esfuerzos para conseguir la paz entre las naciones del mundo, también vale la pena promover la paz industrial, resolver nuestros problemas por el razonamiento antes que por la arbitraria razón de la fuerza.»

Si la Liga de las naciones ha sido establecida para mantener la paz y para impedir la guerra entre los pueblos del mundo, una «Liga de clases» integrada por las organizaciones de los patronos y de los obreros, debe ser capaz de evitar la lucha entre el capital y el trabajo.

Los fundamentos de los Sindicatos católicos y cristianos hacen imposible que sus organizaciones se afilien a la Federación Internacional Sindical.

Después de estas afirmaciones valientes y enérgicas, que dejan bien claramente deslindados los campos, el documento prueba con hechos irrefutables que las organizaciones afiliadas a la Federación Internacional Sindical, en las diversas naciones en que militan, no tienen más objetivo que la revolución y el desquiciamiento social y la usurpación del Poder.

Firman el importante documento representantes de organizaciones cristianas y católicas obreras de Holanda, de Italia, de Bélgica y de otros países

Estudios Sociales

¡JUSTICIA EN VENTA!

La realidad y la apariencia, muestran un contraste muy notable.

Recuerdo que en fecha, no muy lejana por cierto, transitando yo por una modesta rúa de un apartado rincón de nuestra tierra, escuché unos gritos desahogados que debían partir de una calle paralela a la par que yo pasaba.

Era un día de mercado en el pueblecito y aquellas voces desahogadas confundíanse a veces, y otras dominaban las de otros

voceros, pregones de distintas mercancías que, a voz en grito, hacían propaganda en torno de su puesto.

Acompañábame un hijo del lugar, y conversábamos entretenidos en charla apasionada, recordando momentos de nuestra vida juvenil, trazando proyectos y dando alas a la imaginación, que tendiendo el vuelo nos conducía a castillos, donde el ideal tenía su asiento y las ilusiones encontraban cumplida satisfacción.

Deambulábamos, alegres y satisfechos, olvidados de pasadas contrariedades, y atentos tan sólo a nuestras risueñas esperanzas, plétóricos de optimismo, jubiloso el ánimo: repieta el alma de levantadas aspiraciones, a base del deber cumplido; no sentíamos el vaho infecto de las degradantes pasiones, que a base del sacrificio social, aumentan el propio bienestar.

No conocíamos entonces, el oleaje impúdico porque se dejaban arrastrar los hombres que en vestiduras de alba blanca, ocultaban la negrura de su conciencia que, a veces, asomando al exterior su deforme catadura, tiznaba los blancos armines.

Estábamos ajenos al cúmulo de intrigas, fraguadas al calor de bastardos intereses y culpables de nuestro estado de postración.

No adivinábamos todavía, a través de la corteza de severa rectitud y del porte soberano de enfatuados personajes de *Gabinete*, la constante prevaricación, la culpa continua, siempre sorda a la voz del arrepentimiento: No llegamos a sospechar corazones metalizados y almas enamoradas de ridículos fetichismos.

Habíamos vivido retirados en la celda de estudio, y a solas con nuestros libros, llegáramos a entrever los días de gloria de nuestra patria, que atestiguaban las páginas de una grandeza sin par, y evocándola en nuestra mente de adolescentes sentíamos correr por nuestras venas la sangre de nuestros mayores y pronto nos sentíamos a ofrendársela en aras de nuestro resurgir a mejores tiempos, alentados por el aplauso con que nuestros propósitos eran

acogidos en el seno del hogar.

Habíamos vivido alejados del foco de las concupiscencias, y puras nuestras intenciones, por las nuestras a los demás mediamos, sin sospechar en las ajenas conciencias sombras de orimen, ni manchas de sangre.

Habíamos permanecido extraños al mundo de las claudicaciones, y solo conocíamos los recintos del Deber donde los nuestros nos habían enlustrado haciéndonos aspirar su purísimo aliento, su delicado perfume.

En este ambiente educados y distraídos por una serie de alegres recuerdos y de futuras aspiraciones convertidas en realidad, risueños, olvidados de las humanas miserias, sorprendíamos la avinada voz que en tono agrio restallaba dextemplada, molesta, imperiosa, interrumpiendo nuestro entretenido diálogo, y haciéndonos prestarle atención:

—«La Justicia»; «La Justicia» ¿quién la compra?

¿Quién? repetimos a la una, desconcertados, abandonando nuestras idealidades, y concurriendo al terreno campo de las humanas miserias. ¿Es posible? ¿También la Justicia es una mercancía que cae como tal bajo el dominio del agio, que es objeto de especulación, que es motivo de luero!

Pues ¿acaso cometerse puede tamaño atentado, sin que la sociedad, herida en su más viva entraña no levante el grito clamando que la Justicia impere? ¿Habrá quien pueda consentir, que la que es reina aparezca en esclava convertida, deseche a sus plantas la corona que ceñía su despejada frente, rasgado su límpido manto, laceradas sus carnes, sus pies sangrando? ¿No habrá quien inclinándose reverente a su paso, no recoja del suelo la regia diadema y la coloque de nuevo en la frente sin mancha, y que reemplace por otro el rasgado manto, y siembre de flores la senda de espigas?

Que un hombre solo, uno no más basta para llevar a cabo tamaño prodigio: «hombres que tal desacato presenciáis, protestad al paso de la justicia, y reparad semejante afrenta; que vuestra